



Tercera Unidad.

CRISIS ACTUAL DE LA RELIGIÓN DE CREENCIAS Y SURGIMIENTO DE LA ESPIRITUALIDAD COMO CONOCIMIENTO EXPERIENCIAL LAICO.

Hasta ahora en general hemos hablado de religión y de espiritualidad como de una sola cosa, como si no fueran diferentes. De hecho, haciendo cierta concesión, podríamos decir que en el pasado no lo fueron tanto. En las sociedades agrarias las religiones de creencias fueron vehiculadoras de espiritualidad. A partir de este momento veremos entrar en crisis las religiones de creencias y surgir en su lugar la espiritualidad como experiencia, y una experiencia humana laica. Tales son los tópicos de la presente exposición.

1. Crisis actual de la religión de creencias.

La religión de creencias, tan exitosa en las sociedades agrarias, actualmente está sufriendo una gran crisis. Las explicaciones al respecto varían, pero el consenso en cuanto a la gravedad de la crisis es prácticamente total entre los estudiosos.

En el caso de Occidente, y particularmente del cristianismo, los estudiosos apuntan a varios factores muy importantes, como la pérdida de vigencia de las categorías helénicas en las que fue vertido el cristianismo y el desplazamiento que ha experimentado lo sagrado. Como se sabe, en los primeros siglos del cristianismo, a partir del II, este fue trasvasado exitosamente, al menos culturalmente hablando, en categorías griegas, lo que se conoce como helenización del cristianismo, pero con la modernidad tales categorías han ido perdiendo la vigencia que tenían. Nos estamos refiriendo, entre otras, a categorías como naturaleza, persona, esencia, sustancia y accidente, natural y sobrenatural, divino y humano, tiempo y eternidad, ... La cultura moderna, y más aun la de nuestros días, ya no es más helénica, no piensa en estas categorías. Consecuentemente, en la medida en que el cristianismo se identificó con ellas, ha entrado en crisis.

Algo parecido ha sucedido con la percepción de lo sagrado. Dentro de un paradigma jerárquico-autoritario y artesanal, lo sagrado fue ubicado más allá y por encima de la naturaleza y de lo humano, en dios mismo y en sus mediaciones divinas y/o sacramentales. Ahora, lo sagrado, y este percibido en términos de autónomo, es percibido en el interior del ser humano, ha sufrido, como dicen, una “metamorfosis”, y coincidente con este, entra en crisis todo lo que, como la religión de creencias, es construido en términos de heteronomía.

La propuesta de estos estudiosos es deshelenizar el cristianismo, modernizándolo, y articularlo sobre los nuevos lugares de lo sagrado. Ya que para ellos, antropológicamente hablando, a la base de la religión siempre estará lo sagrado, algo que no entra en crisis. Ambas explicaciones de la crisis de lo religioso en Occidente no son superficiales, aunque sean culturales, y la prueba es que el reto que ponen de manifiesto y expresan titánico: la reformulación de todo el cristianismo.



Un sector de estudiosos más lúcido compara la crisis actual de las religiones con las transformaciones que experimentaron las religiones tabuísticas, místico-mágicas durante el primer milenio antes de Cristo, la época conocida, después de que Karl Jaspers la bautizara así, la «época axial o «época-eje». De hecho, de aquellas religiones siguieron quedando en diferentes nichos humanos muchos elementos, pero desaparecieron como sistemas programadores, ya no pudieron reproducirse como tales. Poco a poco tuvieron que dejar paso a los nuevos grandes sistemas religiosos, mucho más abstractos, mucho más filosóficos, y universales. Esta interpretación tiene más perspectiva histórica y, gracias a ella, puede dar más cuenta de la trascendencia histórica de la crisis. Pero todavía es cultural. No logra vincular las transformaciones religiosas de la época-eje con las transformaciones socio-laborales profundas que comenzaron a tener lugar mucho antes, incluso milenios antes, con la revolución del neolítico. De la misma manera que tiene dificultades para vincular la crisis religiosa actual con las transformaciones socio-laborales y del conocimiento que están en marcha.

Con Raimon Panikkar, Marià Corbí, y otros autores, nosotros creemos que la crisis religiosa actual es estructural, muy profunda, incluso, rigurosamente hablando, inédita. Rigurosamente hablando, no ha habido una crisis en el pasado a la que se le pueda comparar. Es nueva. No forma parte de una crisis cultural más. Forma parte de una crisis axiológica mucho más grande, asociada esta a una transformación socio-laboral estructural o de forma de vida, de la mano de la revolución científico-tecnológica en marcha desde hace unas décadas.

¿Por qué decimos 'inédita'? Porque en todas las transformaciones pasadas de paradigma o matriz cognoscitiva y axiológica, fundamentalmente el paso de las sociedades cazadoras-recolectoras a sociedades horticultoras y pastoriles, de éstas a las sociedades agrarias, y de las sociedades agrarias a las industriales, cada nuevo paradigma de conocimiento trajo consigo el respectivo paradigma axiológico, que toda sociedad necesita para orientarse y dirigirse como tal en el nuevo contexto. Siempre hubo cambio de paradigma axiológico, con sus crisis, pero ninguna sociedad quedó sin él. Más aún, en cierta manera, el nuevo subsumía el anterior, al menos partes importantes de él. Pero en el momento actual, el nuevo conocimiento en base al cual nos estamos construyendo como sociedades y que en esa misma medida estamos necesitando para vivir y no morir, no es axiológico, no secreta la axiología que necesitamos, tenemos que creárnosla, como creamos el propio conocimiento y la organización que necesitamos como sociedad. En este sentido, nuestra situación es rigurosamente hablando inédita.

Con todo, lo importante al finalizar los párrafos de este acápite, no es, aunque tiene su importancia, el carácter de lo inédito o no de la crisis, sino la vinculación de las transformaciones que suponen la misma con las transformaciones que están teniendo lugar en el conocimiento. De nuevo, conocimiento y religión aparecen muy estrechamente relacionados. De manera que al verse transformada la naturaleza y función del primero, se transforma la segunda.



2. Crisis del conocimiento creencial.

Es mucho más que una crisis o no vigencia de las categorías helénico-cristianas, aunque el enfeudamiento del cristianismo con las mismas ha sido muy grande, y del desplazamiento de lo sagrado. Es una crisis del conocimiento creencial, del conocimiento adecuación, que tan exitoso fue en las sociedades industriales incluso de la primera revolución industrial. De tal manera que si cambiamos las categorías helénicas por otras más modernas, más existencialistas, antropológicas, culturales y sociales, y acertáramos en la sensibilidad de ubicar los nuevos lugares de lo sagrado, si no cambiamos de conocimiento, si seguimos pensando éste en términos de adecuación, la crisis no va a ser entendida ni superada. ¿No es esto lo que están pasando con tanto discurso religioso, teológico y filosófico-religioso reciclado actualmente?

La crisis es ante todo y sobre todo de conocimiento, aunque no aparezca como tal, como crisis, a no ser para los pocos que todavía sienten la necesidad de adherir a un pensamiento esencialista y metafísico; para estos si aparece como una auténtica crisis. Es el conocimiento creencial que desde hace un tiempo no se puede reproducir más como paradigma o matriz de la representación e interpretación de la realidad. Y dentro de este conocimiento creencial, la religión de creencias.

Tal como aquí lo asumimos, el conocimiento creencial no es el conocimiento precientífico o culturalmente poco modernizado, y que habría que hacer mas científico y moderno. Es el conocimiento adecuación, aunque cronológicamente y culturalmente sea moderno o presente ribetes y guiños de modernidad, que, como no puede ser menos, es producto y expresión de una epistemología mítica. En otras palabras, es el conocimiento que, tributario de esta epistemología, aun sigue creyendo que el conocimiento puede conocer y de hecho conoce la realidad, cuando ya no es así. Este conocimiento, sea religioso o no lo sea, como fue el conocimiento científico mismo hasta hace unas décadas, ya no es de recibo, porque es, en el sentido peyorativo del término, mítico. La realidad que pretende aprehender no existe.

En este sentido, lo que ha sido el conocimiento científico clásico o moderno también es mítico. Porque las ciencias también son construcciones de la realidad a partir de modelos. La diferencia entre los sistemas de modelar la realidad de los mitos y de las ciencias reside en que los modelos o paradigmas míticos están cargados axiológicamente y los de las ciencias son abstractos; se abstrae de ellos toda carga axiológica, en la medida de lo posible.

El conocimiento creencial ha entrado en crisis, porque ya no es necesario en la nueva percepción que tenemos de la realidad, en la nueva relación que sostenemos con ella y en la nueva forma de vida que estamos construyendo. En esta nueva forma de percepción, relación y vida, el conocimiento adecuación es fisicista, poco ágil, pesado, poco útil. Se necesita un tipo de conocimiento más ágil, más útil e instrumental, pragmático. La realidad como tal sabe que no puede conocerla, ni es su interés lograrlo. Le atraparía en sus contenidos. Lo que le interesa son resultados, y en



este sentido, cómo tiene que afectar la realidad para lograrlo. Se descubre ser modelación de la realidad, no haber sido otra cosa, estar condenado a no ser más que conocimiento modelación, y, al menos mientras éste sea el paradigma de conocimiento, no engañarse a sí mismo jugando a ser otra cosa.

Sobre este conocimiento la religión de creencias ya no puede ni injertarse ni articularse. La religión de creencias no puede reproducirse en la actualidad. Pasó para no volver, a no ser para entretenimiento y nostalgia, como vuelve literariamente la Edad Media y ciertos temas de ella. La religión de creencias fue la religión de las sociedades agrarias.

Expresado de otra manera, al *núcleo antropológico* donde se da el conocimiento de la dimensión absoluta como animales hablantes que somos y, por tanto, emerge la posibilidad de la religión como cultivo de esta dimensión, hay que añadir para que se dé en las religiones de creencias el *núcleo social y cultural* que supone la vida humana en condiciones preindustriales y la religión desempeñando la función de programación. Es lo que Corbí llama el *núcleo antropológico generador de las religiones*, al que nosotros añadiríamos la precisión de *cultural*. Pues bien, las dos primeras condiciones señaladas, habla y dimensión absoluta permanecen intalterables, pero con la llegada de las sociedades de conocimiento, las condiciones socioculturales, forma de vida preindustrial y programación, desaparecen, yéndose también la religión que hicieron posible y hasta necesaria, la religión de creencias. Ya no se dan las condiciones que permitieron su origen y su reproducción. Las religiones de creencias han perdido su soporte.

3. Sociedades de conocimiento y de innovación continua, y sus retos.

Las transformaciones o, mejor, cambios, culturales son importantes, tienen su impacto en la religión como conocimiento. Pero lo que está a la base de la crisis actual de la religión de creencias es una transformación mucho más importante, la de la sociedad como forma de vida. Las sociedades anteriores vivieron con un conocimiento significación, sociedades “primitivas”, y con un conocimiento adecuación, sociedades agrarias e incluso de la primera revolución industrial. En el fondo, una vez generalizada la industria a todos los aspectos de la vida, éstas comenzaron a vivir del conocimiento, ya que era el conocimiento científico ingenieril el que estaba a la base de las máquinas, pero se trataba todavía de un conocimiento adecuación. Es ahora cuando no sólo vivimos del conocimiento, y mucho más que antes, sino que el conocimiento gracias al cual vivimos es un conocimiento modelación o, mejor dicho, es ahora que somos conscientes de ello, de que el conocimiento es herramienta y construcción, y no lo podemos tomar por otra cosa.

Siempre, en todo tipo de sociedad, se ha vivido gracias al conocimiento, y este ha sido producto humano, nunca nos ha caído del cielo. Pero, por su función y naturaleza, este conocimiento era producido mucho más lentamente. Aparecía, pues, como algo estable, permanente, tan estable y permanente como la naturaleza y el cosmos, de los que parecía ser una copia. No parecía ser una producción humana, sino más bien un



don recibido de los dioses. Ahora es tan continua e innovadoramente producido que no podemos no tener conciencia de que es una producción nuestra, de que somos nosotros quien lo producimos, y como vivimos gracias a ello, somos sociedades de conocimiento.

Marià Corbí enfatiza mucho que como sociedades de conocimiento, vivimos de la producción y de la innovación continua de conocimiento. Producir continuamente conocimiento e innovarlo es una necesidad en nuestras sociedades. Y, como acabamos de decir, este hecho marca sin duda nuestra conciencia con respecto al conocimiento, en el sentido de que somos nosotros quienes lo producimos y con respecto a la naturaleza de la sociedad que estamos construyendo. Muy posiblemente, incluso, no se puedan separar ambos fenómenos, innovación continua de conocimiento y su naturaleza modeladora. Pero si se pudieran separar, habría que decir que, aun más que la innovación, es el cambio en la naturaleza y función del conocimiento, el paso de éste como adecuación a modelación, y la conciencia que tenemos de ello, lo que, propiamente hablando, nos constituye en sociedades de conocimiento. Porque si, pese a la innovación, nuestro conocimiento siguiera siendo de adecuación, no tendríamos conciencia de estar en una sociedad nueva. Nos sentiríamos estar ante más artilugios, y estos muy cambiantes, pero no ante un nuevo tipo de sociedad. Esta es la dificultad que encuentran muchos analistas, sobre todo religiosos y de lo religioso, para interpretar que ante lo que estamos es una nueva sociedad y una nueva cultura. Creen que seguimos estando ante la misma sociedad industrial y ante la misma cultura moderna, solamente que más sofisticadas, cuando realmente ante lo que estamos es una nueva sociedad y una nueva cultura, de conocimiento. Al menos, es una hipótesis que hay que plantearse.

De hecho, ya estamos en un tipo de sociedad y de cultura en las que tenemos que estar cambiando continuamente nuestra interpretación y valoración de la realidad, nuestra formas de trabajo y de organización, y esta continua innovación y cambio es contraria a todo conocimiento de creencias, incluida la religión, que por naturaleza es más fija, más estable, amarrada a contenidos más que a procedimientos, a valores más que a logros y resultados pragmáticos. El impacto en las religiones de creencias es tan grande que hay autores que hablan de «colapso» de las religiones de creencias y de «tsunami cultural» (J. Amando Robles y Marta Granés (coords.), *Más allá del tsunami cultural. Marià Corbí, explorador libre de un tránsito inaplazable*, CETR: Barcelona, 2011)

Por otra parte, no podemos vivir sin valores, ni tampoco sin apertura a la dimensión absoluta de la realidad. De hecho ninguna sociedad lo ha hecho. Y nosotros mucho menos podemos pasar de hacerlo, siendo sociedades tecnológicamente tan potentes y con un tipo de civilización tan impactante en nuestro medio. Pasar de hacerlo es el anuncio de la mayor de las catástrofes. De ahí los dos retos más grandes que enfrentamos como sociedades de conocimiento en este momento: a) dotarnos de los valores que necesitamos para orientarnos y guiarnos como sociedad e incluso para sobrevivir, y para ello de la *epistemología axiológica* que necesitamos, porque los valores que necesitamos los tenemos que crear nosotros, y b) cultivar la *dimensión*



absoluta de la realidad, de manera que podamos orientar sabiamente nuestra sociedad y nuestro proyecto humano. De ahí la importancia de la espiritualidad o de lo que Corbí y u centro de Barcelona, Centro de Estudio de las Tradiciones Religiosa y de Sabiduría (CETR), la «cualidad humana profunda».

La apertura a la dimensión absoluta de la realidad, que en el pasado vehiculó la religión de creencias, no solo es cultivable hoy, sino que la necesitamos. Si no fuera cultivable hoy, resultaría, como hace observar Corbí, que nuestra especie sólo es capaz de vivir adecuadamente en condiciones de vida preindustriales. Tiene que haber, pues, otras formas de cultivarla. La espiritualidad como conocimiento experiencial es la forma hoy de hacerlo.

4. Surgimiento de la espiritualidad como conocimiento experiencial.

En el pasado, la dimensión absoluta de la realidad, cuando fue cultivada, lo fue a través del canal de la dimensión relativa, como continuidad de ésta en su dimensión más absoluta. Ello porque, aunque el conocimiento humano permite el doble acceso a la realidad, relativo y absoluto, el conocimiento en función de la vida era tan axiológico que permitía con su axiología el postulado de lo absoluto y el camino hacia él. De esta manera es que las religiones, como la de creencias, pudieron articularse sobre el conocimiento como paradigma y ser camino hacia la transcendencia. Pero ello no es más posible con el nuevo conocimiento.

Este es puramente funcional, no axiológico. Consecuentemente, desde sí mismo, no puede posibilitar postular la transcendencia o dimensión absoluta ni llevar hacia ella. Si él pretendiera postular la transcendencia y llevar a ella, sería otra vez conocimiento creencial, y el lugar donde llevase estaría muy alejado de ésta, no sería el lugar pretendido, ni siquiera existiría. Hay que regresar al acceso que, en el acto de conocer, tenemos a la dimensión absoluta y desde ahí trabajarla y cultivarla, sin dejarnos atrapar por el encanto de sirena del conocimiento sucedáneo, como sería el meramente religioso, que no puede llevar adonde promete. Porque sencillamente lo que promete, algo racional y lógico, no existe como tal. A esta falsa promesa es a la que se refiere Ken Wilber con la expresión «proyecto Atman», que da título a uno de sus libros: el proyecto que, por su misma concepción y formulación, se queda en proyecto y nunca llega a ser realidad, a ser experiencia. Es como pretender ser músico estudiando solo teóricamente la música producida por otros. Se llegará ser musicólogo, pero nunca músico. La espiritualidad como conocimiento tiene su propia especificidad, y es la experiencial. No hay otra. Esto se nos hace más evidente hoy, cuando el conocimiento funcional ya no es axiológico y tenemos que crear axiología y espiritualidad.

La posibilidad de la espiritualidad nos viene dada con la dimensión absoluta de la realidad. Postulada esta, puestos los ojos en los hombres y mujeres que hicieron la experiencia antes que nosotros, nos queda cultivarla. ¿Cómo? Silenciando todo otro conocimiento, incluido el temáticamente religioso y “espiritual”. Todo conocimiento temático, objetivo, es mental, es parte del conocimiento funcional a la vida, y no es ni



experiencial ni espiritual. Es un conocimiento producto, resultado de un saber y de un método, no experiencial ni espiritual. El conocimiento espiritual surge o, mejor aun, puede surgir cuando todo otro conocimiento calla, es silenciado. Porque no tiene causa, nada le puede hacer surgir. Surge cuando surge. Es de naturaleza totalmente distinta a todo conocimiento objetivo, temático, conceptual, descriptivo. Es un conocimiento sin sujeto ni objeto, acto puro, donde el que conoce, lo conocido y el acto de conocer, como nos decían ya los maestros taoístas, son la misma cosa. Realización total, fin en sí mismo, plenitud y gratuidad total, donde nada es medio, no existe proceso ni hay un objetivo ni un fin a lograr. Únicamente ser lo que ya se es y es todo, personas y cosas, Ser total, Ser. Por ello los espirituales hablan de recordar lo que somos, de volver a nuestro ser, de llegar a ser nosotros mismos. Y de ahí expresiones como la famosa expresión socrática, «conócete a ti mismo». Donde no hay escisión entre ser y conocer, quien se conoce a sí mismo, es sí mismo. Y quien es sí mismo no tiene que estar en busca de algo más. ¡Es!. ¡Es todo!.

Este conocimiento solo puede ser experiencial, sin mediaciones, inmediato y directo, el conocimiento más eminente de todos y el más realizador, plenamente realizador. Otro conocimiento que no sea experiencial por sublime que sea, siempre será mediado y, como mediado, mediatizado y parcial, no pleno y total aquí y ahora. Por ello decíamos que surge cuando surge. En otras palabras, no se da sin nosotros, pero no es producto de nuestros conocimientos ni de nuestros métodos. Es una auténtica creación, que ocurre como novedad total en nosotros, sin que nada anterior, conocimientos, métodos y técnicas, lo explique o lo contenga. De esto hablaremos en la siguiente exposición. El conocimiento espiritual es de tal manera creación, que del mismo nosotros somos testigos y nos sentimos como tal, más que actores. Algo semejante sucede en el arte y expresan los artistas, como una amiga poetisa me confesaba una vez: «Mis mejores versos y los que más me gustan son aquellos que siento no haberlos escrito yo». Refiriéndose a esa novedad que es la experiencia espiritual y que surge como una creación, Marcel Légaut decía: «Aquello que ocurre en mí y no se da sin mí, pero es infinitamente superior a mí misma, a eso yo llamo Dios».

Una observación más sobre la naturaleza experiencia del conocimiento espiritual. Este no puede ser entendido de manera psicologizante, como experiencia “sentida” de un sujeto, experiencia que, por íntima que sea, siempre sería “algo”. Cuando la experiencia es todo, el sujeto mismo es la experiencia, no distinguiéndose entre sujeto, objeto y experiencia. Todo es uno. Si hablamos en términos teístas, con Panikkar tenemos que decir que la experiencia de Dios no es una experiencia *especial* ni *especializada*, sino la experiencia de la realidad sin más (*Iconos del misterio. La experiencia de Dios*, Ediciones Península: Barcelona 1998, p. 52). Una experiencia total.

5. Espiritualidad laica.

La espiritualidad así entendida es, pues, laica. No es una experiencia de Dios o de lo divino, no es una experiencia de algo religioso, es la experiencia de realidad como en sí misma es, en su plenitud. En otras palabras, no son las expresiones culturales, religiosas y/o confesionales, hinduista, judía, cristiana, musulmana..., lo que hace que



la experiencia sea religiosa, es profundidad y calidad, es su plenitud. Las expresiones culturales religiosas que la espiritualidad ha conocido son una riqueza cultural, y como tal, digna de ser conservada y guardada. Pero la espiritualidad en sí es humana y solamente humana, y, como humana, laica, y accesible a todo ser humano, religioso o no.

Más aún, hoy la espiritualidad tiene que ser laica. Porque en la medida en que las creencias religiosas se sigan interponiendo como un filtro necesario, en esa misma medida la espiritualidad como experiencia se hace imposible. Esto no significa que no podamos ni debemos aprovecharnos de las grandes riquezas espirituales que vehiculan las grandes tradiciones religiosas. Al contrario, debemos hacerlo, y bebiendo en todas las tradiciones, porque ahora sabemos y sentimos que todas nos pertenecen, que todas son patrimonio nuestro. Pero tenemos que beber de sus riquezas sin asumir sus creencias, como hacemos con el arte de todos los tiempos, con la literatura y la poesía.

El uso, legítimo todavía en quien lo necesite, de referentes religiosos, hoy tendrá que probar su validez en la naturaleza laica de la experiencia espiritual como tal. Si esta no es plena y total, no será experiencia espiritual genuina y auténtica, por religiosa que sea. En este sentido lectura espiritual y laica de los textos espirituales-religiosos pasados coinciden, es lo mismo. Hay que leerlos espiritualmente, mirando a la experiencia humana que vehiculan, leyéndolos laicamente, no religiosamente.

Pregunta de un estudiante:

La duda que tengo se refiere a la afirmación de que estamos viviendo un cambio de paradigma tan profundo que no habría antecedentes de otro cambio igual en la historia de la humanidad. El paso de la sociedad industrial a la sociedad de conocimiento no parece tan radical, porque la sociedad industrial se basa en el conocimiento científico, y éste es el que se concibe como modelación de la realidad más que como adecuación a la realidad.

El cientismo positivista postula desde hace siglos, a lo largo de toda la sociedad moderna, que la ciencia no es axiológica sino neutra. Y discute las creencias religiosas, planteando que el conocimiento consiste en creencias justificadas empíricamente y racionalmente.

Por otro lado, los que tienen mentalidad científica son todavía una minoría. La inmensa mayoría de las personas sigue pensando y viviendo con creencias.

¿Podría explicarme más en qué sentido estamos ante un cambio cultural inédito, que nos implicará necesariamente abandonar las religiones y encontrar los valores y el sentido de la vida sólo en la experiencia espiritual pura, en el conocimiento experiencial directo, no mediatizado por creencias?